

## LIBROS

### Adamov: «Memorias de un suicida»

«Los caminos de la neurosis —escribió el dramaturgo Arthur Adamov en 1939— son los mismos que los de la poesía». Arthur Adamov acababa de cumplir treinta y un años y, sabiéndose inmerso en «el tiempo de la ignominia», buscada premeditadamente la «humillación sin fin». Seis años antes, su padre —a quien detestaba con una intensidad propia de un personaje de Dostoyevski— se había envenenado, por causas que Durkheim hubiese denominado «anómicas», con una sobredosis de Gardenal. Seis años después, su amigo Antonin Artaud (que ya en 1925 había escrito una estremecedora «Lettre à monsieur le Législateur de la Loi sur les Stupéfiants») se suicidaría con cloral. Por aquel entonces, Arthur Adamov vivía sometido a la degradante esclavitud de un exacerbado fetichismo sexual: un fetichismo localizado primordialmente en los pies femeninos. En 1943, en las páginas de un extraño libro, titulado «La confesión», declararía: «He envejecido. Pero el tiempo no ha empañado el horrible montón de temores y de obsesiones que, desde siempre, pesan sobre mi vida». En aquella época, cualquier psiquiatra benévolo habría considerado a Arthur Adamov como auténtica «carne de suicidio». Y, sin embargo, y por paradójico que pueda parecer, éste acaecería treinta años más tarde.

Es de todos conocida la trayectoria literaria y política de Arthur Adamov. Nacido en 1908 en Kislovotsk (Caucasia), vástago de una familia reaccionaria «venida a menos», estudiante en Ginebra y en Wiesbaden, interno en el Liceo Lakanal, de Bourg-la-Reine, habitante del mitificado París de los años veinte, asiduo del «Dôme» de Montparnasse, apátrida y mañoquista, visitante enfermizo de los tugurios comprendidos

entre Les Halles y Saint-Merri («un barrio repugnante y magnífico, que encarnaba todos los sucios apetitos de la carne»), víctima de buscadas humillaciones sexuales y beneficiario, pese a todo, de esas mismas humillaciones («No hay para mí placer más grande que el de sufrir en pleno rostro la afrenta y el menosprecio de una mujer a la que desprecio totalmente...»), prisionero durante el régimen de Vichy en el campo de concentración de Argées-sur-Mer (donde llegó a creer que «tous les espagnols etaient des lorquistes»); Arthur Adamov se dio a conocer en 1948, como autor dramático, con su obra «La Parodia». En 1950 estrena «La invasión» y «La pequeña y la grande manobra», pieza esta de la que rene-

reconstrucción escénica —en la que se advierten clarísimas influencias de Brecht— de los dramáticos sucesos de la Comuna. En 1962, Arthur Adamov daba la impresión de ser un hombre sereno, ideológicamente definido, mentalmente equilibrado. Todo hacía suponer que los antiguos lastres juveniles no volverían jamás a reproducirse.

Pero no es así. En noviembre de 1965, tras un largo periodo de dipsomanía, Arthur Adamov sufre una congestión pulmonar. Continúa bebiendo desesperadamente («el alcohol ataca directamente mi cuerpo; se me cae la piel, mis manos se cubren de grandes manchas negras...»), y en mayo de 1966 tiene que someterse a una cura de desintoxicación en la casa

esas páginas terribles puede explicarse razonablemente el suicidio de Adamov. Sin duda, tenía razón Emile Durkheim cuando escribió: «Así como la tendencia suicida aparece antes o después de acuerdo con la edad en que los hombres inician su vida social, crece a medida que se ven comprometidos más íntegramente en ella». El suicidio de Adamov no es, como diría Albert Camus, la resolución de un problema filosófico, sino la única culminación posible de un compromiso biológico. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

### «El hambre sexual»

La sexualidad, su exposición y su problemática, cuentan en España con una bibliografía cada vez más extensa. Trata de colmar un vacío de años, en los que un tabú exagerado impedía la aproximación al tema. No siempre esta bibliografía galopante es recomendable. Muchas veces se trata simplemente de aprovechar la ansiedad creada precisamente por ese largo silencio para colocar libros de fácil venta, simplemente morbosos unas veces, convertidos en trampa otros, como simple negocio editorial y sin demasiada preocupación por una verdadera educación, por disipar fantasmas de todas clases —tan peligrosos los de represión como los de exageración—; muchos mezclan algunos de los tópicos o de las medias verdades de esta época, llamada en algunos países de liberación sexual, con los tópicos y las medias verdades de la etapa de la represión, y consiguen, sobre todo, desorientar.

Entre los libros más claros, más sencillos, más directos de los recientemente publicados, está la «Iniciación a la fisiología sexual», de Jean Cohen (Editorial Nova Terra. Barcelona), dotado de una sana intención simplemente informativa. No emite juicios de valor. Las descripciones anatómicas y fisiológicas están hechas en el lenguaje más directo posible; está dirigido a los adolescentes, pero es de aconsejable lectura para los adultos que han adquirido informaciones incompletas, fragmentarias, maliciosas, sobre su propio cuerpo y el del otro sexo y sobre el funcionamiento sexual.

«El hambre sexual», de Amador Fernández (Sagitario, S. A. Barcelona), es un libro más complejo. Parte de la idea de que las necesidades del cuerpo humano —el hambre, la sed, el frío, la fatiga— emiten un código de señales que conducen al individuo a satisfacerlas en la medida de sus posibilidades, y aun en el momento adecuado —comer, beber, abrigarse, descansar—, pero que, en cambio, las señales que emite la necesidad sexual están en nuestras sociedades comúnmente embarulladas, y aun cuando se perciban con claridad no pueden colmarse con la relativa facilidad de las otras. Represiones, censuras propias o ajenas, imposibilidad de salidas normales, pueden producir derivaciones al hambre sexual. Anotemos que, por ejemplo, ciertas formas de publicidad erótica, la sexualización de objetos, alguna literatura, alguna imagen, pueden ofrecerse como sustitutos encaminados hacia otro fin, creando algunas adiciones, y sin eliminar nunca el estado de insatisfacción o de hambre sexual. En su examen de casos concretos, Amador Fernández no omite sus propias opiniones y sus comentarios, para llegar a algunas conclusiones que no presenta como pesimistas. Cree el autor que no hay soluciones generales, sino individuales; que el individuo, aun en los estrechos límites de su intimidad, tiene una «amplísima libertad de movimientos»: «con valerse un poco de la lógica individual, le resultará fácil encontrar soluciones para cuantos conflictos pueda plantearle la insatisfacción de esa apetencia». No obstante, más adelante admite que hasta en individuos muy formados, profesional y culturalmente, ha encontrado la falta de lógica que dificulta el hallazgo o la aceptación de las soluciones. Estima que la exigencia social y las circunstancias adversas puedan impedirle una radical, plena y absoluta satisfacción de su apetencia; «pero podrá conseguir al menos una, lo suficientemente eficaz como para no caer en el síndrome consciente o subconsciente del hambre sexual».

Como se ve, la conclusiones del autor representan el polo opuesto de las anotadas por Wilhelm Reich, o incluso de las ya previstas por Fourier —nacido



garia años después, por considerarla representativa de un «idealismo repugnante». «Ping-pong» (1955), supone un cambio radical en su actitud ideológica: «Ping-pong» —confesaría Adamov en 1962 al escritor español Joaquín Jordá («Primer Acto», núm. 33)— es la puerta que cierra mi teatro de antes y se abre a mi teatro actual. Sí, puede decirse que su tema es la alienación y la reificación, pero tratadas de una forma que ya no me interesa. Ese nuevo camino continuaría con «Paolo Paoli» (1957), parodia feroz de la explotación capitalista, y culminaría en una de las obras más admirables del teatro político contemporáneo, «Primavera 71» (1961),

de salud de Epinay. Un año después, atacado por la tuberculosis, ingresa en el hospital Beaujon. En 1968 publica el primer tomo de sus Memorias: «L'homme et l'enfant»; poco tiempo más tarde aparece el segundo tomo: «Je... ils». Y en 1970 pone fin a su vida. La aparición en lengua castellana de estas «Memorias» (1) constituye, a mi entender, un verdadero acontecimiento editorial. En muy pocas ocasiones un «diario íntimo» ha sido escrito con tan apabullante sinceridad. Sólo leyendo

(1) Arthur Adamov, «Memorias»: 1. «El hombre y el niño»; 2. «Yo... ellos». Ed. «Cuadernos para el diálogo», Madrid, 1972.

hace ahora doscientos años—, según los cuales el principio del placer está ahogado por la sociedad, y es preciso modificar enteramente el contexto social, por evolución o por revolución. Es difícil señalar en cuál de los dos puntos de vista reside el idealismo, si en la transformación entera de la sociedad, en el sentido de una amplia libertad para el placer —y no sólo el sexual—, o en el de la busca de la solución «intimista» propuesta por Amador Fernández. Acepta esta que vivimos en una sociedad que mientras reprime por un lado exacerba por otro; no apunta la posibilidad de resolver esa contradicción social, sino la de que la salida «intimista» «permita bordear y guardar hábil y debidamente las normas sociales, si no quiere que su espíritu se paralice por falta de alicientes y que su intimidad acuse un alarmante déficit de ilusión por la vida». Pero esta forma de bordear las normas, en un continuo estado de inestabilidad y de riesgo, ¿no situará al individuo en lo que el propio Amador Fernández considera una «solución desastrosa»? Es decir, aquella que «prive al individuo de la paz interior, sin la cual el placer no es nunca capaz de proporcionar plena satisfacción». Coincidencia con el antes reseñado Jean Cohen, para quien «no puede haber una sexualidad dichosa en una mala conciencia», aunque quizá difieran en algún modo las definiciones de «paz interior», de uno, y «mala conciencia», de otro. Para Cohen, lo contrario de la mala conciencia es «la utilización de las sensaciones físicas por una conciencia abierta y bien desarrollada, tendiente a una sexualidad dichosa». Para Amador Fernández, la «paz interior» «supone y exige un ajuste de creencias, de gustos, de posibilidades, de intereses, de valores, de la intensidad de sus apetencias y del respeto que debe al medio social en que vive y del que necesita».

Este conformismo presenta algunos enigmas, como es el de las diferentes costumbres, medios, sociedades, hábitos o legislaciones que hay en el mundo. ¿Puede el individuo tener la plasticidad suficiente como para adaptarse a cualquier situación, «de acuerdo con su estado y su posición y de acuerdo con la

época y el lugar que le haya tocado vivir»? Pongamos un ejemplo extremo, pero que comprende a algunos millones de seres humanos: la mujer en la sociedad islámica, sometida desde niña a la ablación del clitoris, convertida en objeto, casada por sus padres con un desconocido, que puede hasta multiplicar por seis su edad, dueña quizá de hasta otras tres esposas y de un número ilimitado de concubinas; castigada severamente si infringe las normas —hasta con la muerte, en algunas zonas—, ¿puede encontrar una solución individual, intimista? ¿Puede hallar alguna solución intimista, alguna salida individual?

Evidentemente, Amador Fernández no escribe para esas sociedades, sino más bien para la nuestra o las nuestras. El hecho de que no lo diga concretamente y no aclare lo suficiente que en una sociedad como la nuestra pueda haber salidas individuales que se mantengan dentro de los límites de lo posible o de lo tolerable y, por lo tanto, el hecho de que no describa esta sociedad y las salidas que ofrece, a su entender, dificulta la aceptación completa del libro. Más bien, todas las páginas que preceden a las soluciones de optimismo, son un inventario de la dificultad de hallar tales soluciones y de la refinada complicación a la que se ha llegado en el momento presente. ■

## Un Russell para el centenario

Bertrand Russell origina una escuela de filosofía que, especialmente a través de Wittgenstein y de Popper, llega a nuestro país como ideología burguesa moderna, un poco de recambio a la irresucitable «filosofía perenne» oficial. Actualmente, y gracias a su papel de ideología oficiosa, aunque un poco en precario, pues hasta esto huele a chamusquina en las delicadas pituitarias de ciertos ideólogos integristas, las diversas tribus de neopositivistas, analíticos y lingüístofilosofantes ocupan buena cantidad de puestos en las universidades autónomas —curiosas coincidencias objetivas con sectores tecnocráticos— y en algunos departamentos de lógica, co-

mo Valencia. Pero, sin embargo, en alas de un cientificismo crispadamente ultraformalista, las disertaciones de muchos de estos caballeros eran aptas casi sólo para Dios, los ángeles y tres o cuatro especialistas más. Por eso la importancia de un libro como el de John Lewis que acaba de sacar la editorial Ayuso, «Bertrand Russell, filósofo y humanista», pues expone una de sus bases y orígenes ideológicos de forma accesible a un público no especialista en este 1972, centenario de su nacimiento.

Russell, cáustico personaje, atractivo y contradictorio, increíblemente errado a veces, lengua viperina y sabia, basa la ciencia en un acto de fe en la razón científica, con lo que, de hecho, da paso a todo tipo de irracionalismos. Esta tesis es lo que hace que se le distancie Popper, y lo que lleva luego a Russell a chocar con Wittgenstein. El viejo y corrosivo polemista, frente a la ultraformalización ideolizante de sus sucesores, conserva más buen sentido que ellos. Según Lewis, «la nueva filosofía, opina Russell, se ha alejado de los problemas de la vida y dedica sus habilidades profesionales a eliminar embrollos de los cuales nadie sino los filósofos académicos se preocupan: los filósofos no hacen ahora más que aclarar los embrollos creados por otros filósofos. Russell quiere algo más que eso, pues quiere volver a la tarea de contestar a las preguntas que el análisis lingüístico ha abandonado».

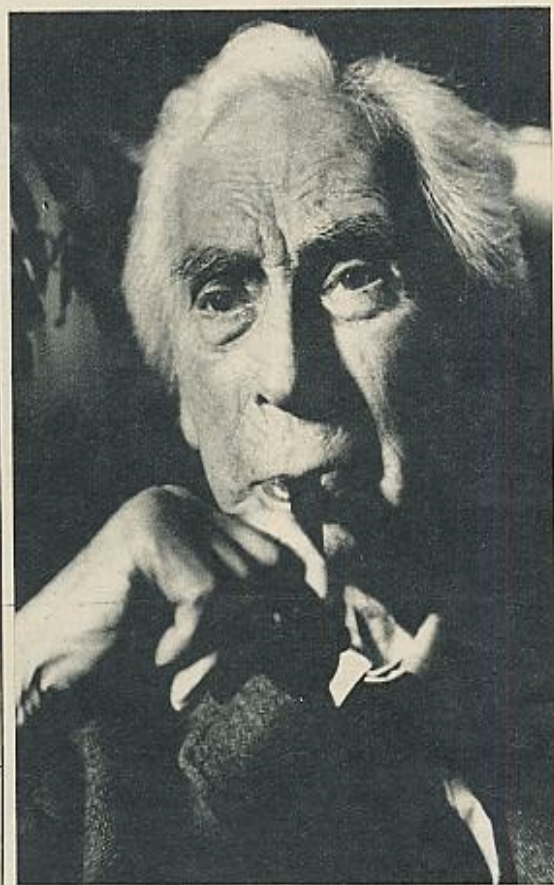
Russell, desde su originario platonismo y sus influencias por los realismos americanos, termina en una moral intuicionista y contradictoria que le hace ser pacifista cuando Munich, belicista luego, ahora pacifista otra vez y partidario del desarme atómico, y, en 1946, al igual que Jaspers, uno de los que pedían el bombardeo atómico preventivo de la URSS. Con estos liberales uno se pregunta a veces si nos hacen falta totalitarios. De todas formas, hay que recordar que su última actuación pública importante fue amparar con su nombre la denuncia de los crímenes de guerra americanos en Vietnam, en aquella patética denuncia moral atada de pies y manos.

Lewis lo subraya: «Tenemos que concluir que nos es imposible encontrar en

la filosofía de Russell esa unidad orgánica de pensamiento y realidad que hace el conocimiento inteligible y los juicios éticos válidos. Está divorciada de la corriente de acontecimientos de la realidad siempre cambiante. Hasta como lógico falla. Es solamente en las épocas de decadencia de la filosofía cuando la lógica se reduce a una mera disciplina formal. La lógica real se encuentra en pensar sobre la naturaleza de la realidad, no para interpretarla, sino

los metafísicos siguen teniendo la sartén por el mango; al menos, a nivel de poder académico.

Pero no olvidemos tampoco a Russell y a sus descendientes: han cumplido un trabajo positivo, pero en ellos no todo el monte es orégano. Como dice Lewis, «un autosatisfecho racionalismo de esa clase es una forma de irracionalismo. Significa una arbitraria detención del proceso histórico. Russell rechaza emocionalmente aquellas



para cambiarla». Duro juicio, pero justo. Con una contrapartida positiva en su ideología —independientemente de sus hallazgos científicos en el campo de la lógica—: que «el método analítico de Russell, desbarrollado por Wittgenstein y sus seguidores, ha barrido virtualmente los viejos esquemas metafísicos de nuestras Universidades». Tarea especialmente estimable en nuestro país, en cuanto que el tal barrido dista mucho de haber llegado a buen término: aunque muertos y reducidos a una seca piel agujereada por los gusanos, que con sus espasmos hacen a veces estremerse al cadáver en una falsa vida de pseudozombi,

formas de vida de su tiempo que no le gustan, pero con su espíritu ha forjado un sistema de análisis lógico que (a nivel ideológico, M. P.) petrifica el pensamiento al limitarlo a manipular proposiciones que reflejan las cosas como son... (en)... «un Universo congelado, sin movimiento». Es el statu quo elevado a categoría ontológica. Como decía Trotski de Celine, «rechazando no sólo lo real, sino también lo que podía sustituirlo, el artista mantiene el orden existente». Pero sólo en ese sentido es Russell un pilar del orden social burgués con el que tantas veces chocó el viejo y consecuente liberal ■

MA-NUEL PIZAN.